

# HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



## Capítulo 27

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas  
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /  
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /  
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /  
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /  
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*Homenaje a Valentín Paniagua Corazao*

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010  
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:  
Fondo Editorial PUCP  
Primera edición, noviembre de 2010  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5  
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040  
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## PRESIDENTE VALENTÍN PANIAGUA UN TESTIMONIO

**Jaime Paz Zamora**

Aunque parezca insólito, cuando el 28 de julio de 2001 el presidente Valentín Paniagua dejaba exitosamente las funciones de Presidente de la República del Perú que había ejercido durante un período de siete meses, lo primero que se me vino a la mente fue la imagen del Papa Juan XXIII. Sorprendido yo mismo, pensé inmediatamente qué es lo que podía vincular en la historia a dos personalidades tan separadas en el tiempo y en el espacio y en la diferencia de funciones ejercidas, y no pude llegar a otra conclusión que lo que verdaderamente vinculaba a ambas personalidades por encima de todo era su enorme humanidad y el hecho de haber logrado cumplir fecundamente el complejo y por tanto difícil rol de *hombres de transición*.

En efecto el Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli llegaba al pontificado a finales de los cincuenta sucediendo a Pío XII, aquel Papa aristocrático cuya figura hierática eternamente encerrada entre los muros del Vaticano desde antes de la Segunda Guerra Mundial parecía irremplazable y cuya desaparición por tanto dejaba atónita a la iglesia universal y con un sentimiento de orfandad muy próximo a la desorientación.

Parecía difícil y para los más escépticos imposible que un hombre bonachón y sencillo salido de su Bérgamo natal y conocido solo en los círculos religiosos más informados pudiese llenar el vacío y marcar un rumbo claro a la Iglesia católica de la segunda mitad del siglo XX. Se le denominó entonces el «Papa de Transición», insinuando con ello que su rol se reduciría a gestionar lo mejor posible lo existente hasta que se configurase una nueva situación de características definidas.

En ese contexto surge la gigantesca personalidad del Papa Juan XXIII, que no solo asume plenamente su rol de transición sino que en su visión y accionar demuestra que en ciertas circunstancias la transición puede ser un momento fundacional de apertura de etapas nuevas en la historia. En efecto, se atrevió a

realizar lo que ninguno de sus antecesores inmediatos había siquiera imaginado: transparentar la Iglesia, abrir el debate en plena Guerra Fría —la crisis de los misiles en Cuba— sobre el catolicismo en la segunda mitad del siglo XX y el rol de la fe cristiana en los cambios sociales. Para ello convocó al Concilio Vaticano Segundo, a más de cien años del primero, y definió al proceso que iniciaba con el término de *Aggiornamento*.

Debo confesar para los amigos y admiradores de don Valentín que leen estas líneas que por una mezcla de timidez y de respeto nunca me animé a compartir esta reflexión con él. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho, porque tal vez, habiéndola planteado así, a boca de jarro, su comentario inmediato nos habría permitido conocer alguna faceta oculta de su riquísima personalidad. Pienso que con su bonhomía característica y reflejo académico de filósofo del Derecho podría haberme dicho algo como *mutatis mutandis* Presidente, porque en efecto está claro que el Perú no es el Vaticano.

El presidente Paniagua formó parte de ese conjunto de generaciones políticas comprometidas con el cambio democrático que desde los años setenta lucharon en América Latina por la restauración de la democracia en aquellos países en los que había funcionado institucionalmente en el pasado —como los casos de Chile y Uruguay por ejemplo— o en su instauración por vez primera en aquellos otros donde por distintas circunstancias históricas nunca pudo hacerlo de manera sostenida, como es el caso claro de Bolivia y de alguna manera el del Perú. Se trató en realidad de un fenómeno generacional germinado al impulso de la utopía democrática que articuló varias generaciones biológicas en una sola y misma generación política en todo el continente, la *generación de la democracia*, la misma que fue estructurando en red una especie de internacional regional latinoamericana conectada en puntos de encuentro, de información, apoyo, refugio y solidaridad. La Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (COPPPAL) es parte de este impulso, junto a otras iniciativas emergentes de la Internacional Socialista, la Demócrata Cristiana y la Liberal.

Es en esa dimensión de militante de un proyecto democrático para el continente que debe entenderse que el presidente Paniagua en los cortos meses de su mandato no se limitara tan solo a organizar y presidir un proceso electoral impecable sino que demostrara en momentos particularmente complejos condiciones de un gran estadista en democracia. Por definición toda transición es un proceso complejo. Un momento diacrónico entre dos puntos sincrónicos. La sabiduría del presidente Paniagua estuvo en administrar creativamente la complejidad. Su gobierno estará en la historia como la proyección fecunda de la transición hacia una etapa cualitativamente nueva de la democracia peruana. El Perú lo recordará siempre como el «Hombre de la Concertación», sintetizando

con ello probablemente lo más profundo y duradero de su aporte: que no es posible una democracia moderna al servicio del desarrollo económico, político y social sin una cultura real y no formal de paz, de fortalecimiento y respeto institucional y de entendimiento y acuerdos nacionales.

De allí la creación de la Comisión de la Verdad y Reconciliación Nacional para dilucidar y por tanto liberar a su país del lastre y las deformaciones de más de veinte años de violencia y confrontación política insana que precedieron su mandato. De allí también su actitud personal en el 2006 de buscar al presidente electo Alan García con propuestas de concertación y participar en las sesiones del Acuerdo Nacional junto a los ex presidentes Francisco Morales Bermúdez y Alejandro Toledo. Para bien de su memoria, el Perú de hoy se orienta sólidamente hacia el crecimiento económico y el desarrollo de una nueva cultura política.

Por la mitad de su sangre y su origen cusqueño Valentín Paniagua fue un observador comprometido de la realidad boliviana. Nos conocimos en agosto de 1980 en Lima, cuando un mes antes el incipiente y traumático proceso de instauración de la democracia en Bolivia había sido brutalmente interrumpido por el golpe de García Meza. El tres veces presidente electo doctor Hernán Siles Zuazo, que había conformado un Gobierno de Unidad Nacional en la clandestinidad, me encomendó como vicepresidente electo la tarea internacional de explicar lo que estaba ocurriendo en Bolivia, con el objetivo de evitar el reconocimiento diplomático del gobierno de facto instalado en La Paz. El entonces diputado Paniagua fue uno de los más activos políticos, al igual que el actual presidente García, que me acogió fraternalmente y colaboró acompañándome al Palacio de Gobierno para entrevistarme con el presidente Fernando Belaunde Terry. Dos años más tarde, en octubre del 82, como presidente de la Cámara de Diputados de su país, formaría parte de la comitiva del presidente del Perú a la toma de posición del primer gobierno democrático de Bolivia.

La integración peruano boliviana lo entusiasmaba de manera particular. Años más tarde, cuando los dos como ex presidentes nos encontrábamos en eventos internacionales, este era un tema ineludible en cualquier momento de la jornada. Ilo y la integración sobre el pacífico ¿por qué se quedó sin el impulso esperado? La Autoridad Binacional sobre la Cuenca del Lago Titi-Kaka parece ser una respuesta adecuada aunque podrían generarse iniciativas más imaginativas. ¿Y la inmensa frontera amazónica hasta cuándo va a esperar? ¿Y la explotación y comercialización integradas de nuestras enormes reservas de gas? Así iban saliendo uno a uno los grandes y pequeños temas. Especial emoción experimentaba al referirse a la figura histórica del Mariscal Andrés de Santa Cruz, aquel indio-mestizo aymara que fuera primero presidente del Perú y luego de Bolivia. Le gustaba desmenuzar los distintos componentes de su visión y planteamientos

federativos sin dejar de hacer notar aquellos que le parecían inviables y sin dejar de lamentar tampoco de qué manera pasiones internas y recelos externos hicieron abortar en los albores mismos de la República aquel intento precursor de integración regional. Pero lo que era inocultable en su mirada vivaz de cusqueño de pura cepa era la enorme satisfacción que le producía referirse al rol central que en el proyecto de unidad peruano boliviano le daba el Mariscal a la ciudad imperial del Cusco. Alguna vez en un evento internacional se me apegó al oído para decirme, reafirmando el sentido histórico: «Venga usted Presidente a mi lado, somos de la delegación del Alto Perú...».

En sus últimos años mantuvo una presencia internacional importante donde era requerido por su prestigio y experiencia. Colaboró en la Mesa de Diálogo auspiciada por la OEA en el caso del Tribunal Constitucional y en la Comisión de Reformas Electorales. Particular empeño le puso en impulsar las actividades del Foro de Biarritz, iniciativa feliz del senador y alcalde de Biarritz Didier Borotra, presidente de CEMEAL, que con la colaboración operativa del ex Presidente Ernesto Samper y de la Corporación Escenarios de Colombia viene estructurando una red institucional política-empresarial-periodística-cultural que se ha convertido en uno de los principales y más actualizados puntos de estudio y encuentro de las relaciones de Europa con América Latina. Probablemente el interés especial del presidente Paniagua provenía del valor estratégico que él le asignaba al establecimiento de un fluido relacionamiento a todos los niveles entre los dos continentes. Como político andino seguía muy de cerca las actuales negociaciones para el logro de un acuerdo global entre la Comunidad Andina de Naciones y la Unión Europea; y seguramente habría apoyado con entusiasmo la reciente decisión del presidente Alan García de darle un mayor ritmo a la negociación peruana frente a la peligrosa arritmia que se presenta en este asunto entre los demás miembros de la comunidad.

Con Valentín nos vimos la última vez en Cartagena de Indias a esa hora especial en que la ciudad luce dorada. Tomando un tintico colombiano en la placita del hotel frente a los antiguos muros que dan sobre el mar, a pedido mío me recitó pausadamente algunos fragmentos de «Alturas de Machu Picchu», del *Canto General* de Neruda.

El Picacho, Tarija, Bolivia, enero de 2008